

La enorme influencia social que ostentan los medios de cultura de masas, esos poderes blandos (*soft power*) que suelen reflejar los intereses de las instituciones dominantes, radica en que conforman nuestra existencia y las creencias que consideramos íntimas de un modo insidioso. Acudimos al cine, vemos una serie, leemos relatos de ficción como una forma de evasión y divertimento, abandonándonos al placer que nos producen e inconscientes de su enorme poder adoctrinador. Por ello, desde una perspectiva feminista crítica resulta imprescindible analizar las nuevas formas de representación de la mujer que nos proponen.

Este volumen nos proporciona los instrumentos para detectar y deconstruir los dispositivos sexistas tras las figuras femeninas de la cultura pop: desde las guerreras hipersexualizadas de finales del siglo XX, a las heroínas inteligentes pero problemáticas de la última década; de las sempiternas muñecas maternas, a la ineludible Barbie. Se dibuja así el correlato emblemático del proceso de integración de las mujeres al mundo del trabajo asalariado: a la libertad que ello les concede se contraponen las exigencias de no descuidar su belleza ni faltar a sus otras “obligaciones femeninas”. De este modo, las producciones *mainstream* han convertido a las princesas de antaño en las súper mujeres de ahora, nuevas representaciones de un mismo poder simbólico, hábilmente camuflado como realidad natural e ineludible.

ASUNCIÓN BERNÁRDEZ RODAL es profesora titular en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Sus principales líneas de investigación son los Estudios Feministas, de Género y Visuales y la Semiótica de los medios de masas sobre los que ha publicado más de cincuenta artículos académicos y varios libros, entre ellos *Mujeres en medio(s). Propuestas para analizar la comunicación masiva con perspectiva de género* (núm. 354 de esta misma colección). En la actualidad es directora del Instituto de Investigaciones Feministas de la UCM.

ISBN: 978-84-245-1367-2



9 788424 513672



SOFT POWER: HEROÍNAS Y MUÑECAS EN LA CULTURA MEDIÁTICA

Asunción Bernárdez Rodal



Editorial
Fundamentos

ASUNCIÓN BERNÁRDEZ RODAL

SOFT POWER:

HEROÍNAS Y MUÑECAS EN LA
CULTURA MEDIÁTICA

EDITORIAL FUNDAMENTOS
colección Ciencia

Editorial Fundamentos está orgullosa de contribuir con más del 0,7% de sus ingresos a paliar el desequilibrio frente a los Países en Vías de Desarrollo y a fomentar el respeto a los Derechos Humanos a través de diversas ONG.

Este libro ha sido impreso en papel ecológico en cuya elaboración no se ha utilizado cloro gas.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

© Asunción Bernárdez Rodal, 2018
© En la lengua española para todos los países
Editorial Fundamentos
Caracas, 15. 28010 Madrid. 913 199 619
fundamentos@editorialfundamentos.es
www.editorialfundamentos.es

Primera edición, 2018

ISBN: 978-84-245-1367-2

Depósito Legal: M-4 315-2018

Impreso en España. Printed in Spain

Composición: Editorial Fundamentos

Impreso por: CLM Artes Gráficas

Diseño de cubierta: Juan Carlos Gaudi y Paula Serraller

Fotografía de cubierta:

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Presentación de la autora</i>	13
1. LA <i>FRACTALIDAD</i> DEL PODER PATRIARCAL, LA CULTURA MEDIÁTICA O EL CONSUELO DE LA TRIBU	15
1.1 EL PODER SIMBÓLICO	16
1.2 EL PODER DEL SEXO, EL PODER DE GÉNERO	19
1.3 MISTIFICACIÓN E INVISIBILIDAD DEL PODER	22
1.4 CUANDO LA CULTURA NO DEJA VER LA REALIDAD	25
1.5 <i>SOFT POWER</i>, FRACTALES Y DOMINACIÓN CULTURAL	30
2. MUÑECAS, CÍBORGS Y OTRAS PREFIGURACIONES DE LO FEMENINO	33
2.1 EL SUEÑO DE CREAR VIDA ARTIFICIAL	34
2.2 ¿PARA QUÉ INVENTAR MUJERES ARTIFICIALES?	36
2.3 MUÑECAS Y MUJERES: OBJETOS DE CONTROL	38
2.4 MIRADAS Y CRÍTICAS: LA RAZÓN HISTÓRICA	40
2.5 LAS MUJERES QUE NO SIENTEN	43
2.6 LO SINIESTRO	45
2.7 LA DIFERENCIA SEXUAL Y LA DOMINACIÓN DEL CUERPO	47

3.	MUÑECAS BARBIE, JUEGOS Y PENSAMIENTO SIMBÓLICO.....	49
3.1	MUÑECAS DESDE SIEMPRE	50
3.2	¿EL SENTIDO DEL JUEGO?	53
3.3	LA CREACIÓN DE BARBIE.....	54
3.4	UNA BARBIE ES UNA BARBIE	55
3.5	JUGANDO A TENER PODER	58
3.6	NIÑOS, NIÑAS Y PENSAMIENTO SIMBÓLICO.....	61
3.7	YA NO QUIERO A LA BARBIE	63
4.	CUERPOS DE AIRE, CUERPOS DE CARNE: PUBLICIDAD Y ARTIFICIOS DE MUJER.....	67
4.1	SEXUALIZACIÓN Y COSIFICACIÓN	68
4.2	BULOS PATRIARCALES	71
4.3	SIN CARNALIDAD	74
4.4	ARREGLOS, MODAS Y FANTASÍAS DE <i>LO FEMENINO</i>	77
4.5	MUJERES ARTIFICIALES Y ARTIFICIOS DE MUJER	81
4.6	SOBRE CUERPOS Y EFECTOS POLÍTICOS	82
5.	HEROÍSMOS: BATALLAS SIMBÓLICAS Y GUSTOS <i>GENERIZADOS</i> EN LAS INDUSTRIAS CULTURALES.....	85
5.1	PASIÓN POR LOS HÉROES.....	86
5.2	GUSTOS DE MUJERES.....	90
5.3	¿CULTURA DE MASAS?	91
5.4	LA CULTURA POPULAR	92
5.5	¿Y LAS MUJERES EN LA INDUSTRIA CULTURAL?	94
6.	FÚTBOL Y TELEVISIÓN: EL GRADO CERO DEL HEROÍSMO FEMENINO	101
6.1	VIEJAS HISTORIAS	104
6.2	LA COMPETICIÓN ¿MIXTA?	105
6.3	UN RITUAL DE LA MASCULINIDAD.....	108
6.4	DEPORTIVIDAD Y VIOLENCIA	110
7.	<i>PROFESOR MARSTON Y WONDER WOMAN: LAS EMOCIONES DEL PODER</i>	113
7.1	PARA ENTENDER EL SEXISMO	116
7.2	HEROÍSMO DE CÓMIC.....	118
7.3	GRANDES PRODUCCIONES Y UNIVERSOS EXTENDIDOS.....	121
7.4	LA INVENCION DE WONDER WOMEN.....	123
7.5	WONDER WOMAN: LA UTOPIA FEMINISTA	125

8. DE LAS HEROÍNAS FÁLICAS A LAS HEROÍNAS POSMODERNAS: LISBETH SALANDER (<i>MILLENNIUM</i>) Y NEYTIRI (<i>AVATAR</i>)	129
8.1 LAS HIJAS DE LA SEGUNDA OLA	130
8.2 LUCHADORAS POSMODERNAS	133
8.3 LOS AVANCES NO SON LINEALES	134
8.4 SOBRE LA ESTETIZACIÓN DEL CUERPO	136
8.5 <i>MILLENNIUM</i> Y <i>AVATAR</i>	138
9. LA SAGA <i>LOS JUEGOS DEL HAMBRE</i>: ¿POSTFEMINISMO O NUEVAS HEROÍNAS PARA TIEMPOS DE CRISIS?	143
9.1 EL RECONOCIMIENTO DE LA FUERZA	149
9.2 ¿UNA NUEVA HEROÍNA PARA TIEMPOS DE CRISIS?	153
10. ÉPICA FEMINISTA: <i>OUTLANDER</i>, UNA HEROÍNA VIAJANDO EN EL TIEMPO...	157
10.1 TRISTES HEROÍNAS	160
10.2 ELLAS LO TIENEN TODO	161
10.3 LOS EJES SIGNIFICATIVOS DE LOS GÉNEROS	162
10.4 INVERSIONES HEROICAS	163
10.5 LA VIOLENCIA MATRIMONIAL	165
10.6 LA GRATIFICACIÓN DEL <i>TRIUNFO FEMINISTA</i> Y LA TOLERANCIA RESPECTO A LA VIOLENCIA	166
10.7 HEROÍNAS PARA LA CRISIS	168
11. CULTURA DE LA VIOLENCIA Y MUJERES MONSTRUOSAS	171
11.1 VIOLENCIA REAL Y VIOLENCIA REPRESENTADA	172
11.2 LO DIVERTIDO DE LA VIOLENCIA	175
11.3 <i>BAISE-MOI</i>: EL HORROR FEMENINO Y LA DISIDENCIA DE GÉNERO	176
11.4 LA VIOLENCIA EMPÁTICA	179
11.5 LA VIOLENCIA Y EL PODER	181
11.6 MUJERES VIOLENTAS	182
12. LADY GAGA Y MARINA ABRAMOVIC: HEROÍNAS HIPERMODERNAS ENTRE EL POP Y LA VANGUARDIA	185
12.1 EXTRAÑAS ALIANZAS	186
12.2 ¿YA VIVIMOS EN UNA CULTURA FEMINIZADA?	188
12.3 QUIÉN ES QUIÉN EN EL <i>SOFT POWER</i>	190

PRÓLOGO

El poder de la imagen es también la imagen del poder. Nos hallamos en un entorno inédito de imágenes y relatos ficcionales pero carecemos de los instrumentos indispensables para detectar y deconstruir sus mensajes normativos ocultos. En todas las edades de la vida experimentamos su influencia, aunque, indudablemente, la infancia y la adolescencia son cruciales en este aspecto.

Nos cuentan historias de la lucha entre el bien y el mal, nos ofrecen modelos de belleza, de autoridad y de éxito y troquelan nuestras necesidades y deseos. No son fruto de una conspiración, sino del juego de poderosos intereses, fuerzas e inercias que constituyen las sociedades actuales. Imperceptiblemente, dirigen nuestras vidas tomando el relevo de formas precedentes de control. Kant afirmó que Ilustración era salir de la “culpable minoría de edad” en la que permanecía quien, rigiéndose por la opinión de tutores religiosos y políticos, renunciaba a su autonomía, a su propia capacidad de juzgar y actuar en consecuencia. Hoy, como ayer, para no perder la libertad, hay que disponer de las armas del pensamiento crítico. De ahí la extrema importancia de este libro.

Transmitir en un discurso claro, límpido y transparente, como el de Asun Bernárdez, ideas que son el resultado de un largo estudio no es tarea fácil. Solo es posible cuando se escribe desde un profundo conocimiento del tema abordado. He leído esta obra con gran interés y placer. El gran interés que suscitó en mí se debe a dos razones: por un lado, la competencia de la autora en el ámbito

Lady Gaga afirma en su web que “La cultura pop es arte” haciendo una declaración de intenciones. Tanto la cultura pop como la alta cultura son compatibles y nadie debe renunciar a esta conjugación que, en el fondo, significa que el gran arte que aporta capital simbólico, puede estar controlado por una bohemia de vanguardia que pertenece a la cultura pop. En una ocasión ella afirmó: “Me esfuerzo por ser una Warhol femenina. Quiero hacer cine y música, fotografía y pintura también. Hacer moda. Hacer grandes instalaciones en museos. Me gustaría ser probablemente más mediática que él –combinando medios e imágenes y haciendo arte interactivo”.

Tanto Marina Abramovic como Lady Gaga se han hecho con un prestigio que las convierte, como a otros famosos, en personajes trascendentes, capaces de darnos lecciones sobre el sentido de la vida. El culto a los famosos y a las famosas es casi una religión, en el sentido de que pueden sustituir los valores religiosos, porque son capaces de aportar un escape al tedio y la rutina de la vida diaria, y funciona como vínculo social. En su “Manifiesto of Little Monsters” Lady Gaga declara que “es en la teoría de la percepción donde establecemos nuestros vínculos (...) No somos nada sin nuestra imagen. Sin nuestra proyección. Sin el holograma espiritual de quien percibimos que somos o de lo que nos transformaremos en el futuro”. ¿Qué aportan estas triunfantes mujeres al movimiento feminista? Aparentemente poca cosa. Para las artistas siempre hay un temor de identificarse con este movimiento porque temen ser encajadas en el arte de mujeres, ese arte que no es el universal ni para todo el mundo.

1. LA *FRACTALIDAD* DEL PODER PATRIARCAL, LA CULTURA MEDIÁTICA O EL CONSUELO DE LA TRIBU

La forma más común de que la gente te entregue
su poder es que crea que no lo tiene.

ALICE WALKER

Los colonizadores no solo mistifican a los nativos
(...) sino que han de mistificarse a sí mismos.

LAING, R.D.

Es una incógnita cómo el poder patriarcal se recompone una y otra vez en los sistemas políticos, cómo subyace a los cambios históricos, cómo se mantiene en las diversas culturas, y cómo se introduce en nuestras mentes y en nuestros cuerpos. Parte de su poder está en que puede permanecer invisible, camuflarse, y continuar al mismo tiempo omnipresente. Para mucha gente es un poder que no existe: la invención de feministas enloquecidas y resentidas. El mundo está bien como está, y resulta peligroso que las mujeres quieran conquistar el lugar donde están los hombres desde siempre, porque eso representa el caos y el desorden. Aun así, hoy contamos en algunos países con leyes que garantizan que somos iguales, y hay un feminismo popular difuso en nuestras sociedades que da por sentado que lo somos.

Miro el mundo y las diferencias están por todas partes, pero no son el problema, sino la desigualdad en el reparto de poder. Los hombres manejan el mundo: el poder político, el poder económico, el poder coercitivo (militar y policial), y también el poder simbólico. Ninguno de estos poderes actúa de forma independiente, en la práctica todas las formas del poder se entrelazan unas con las otras.

En este libro voy a hablar, sobre todo, del poder simbólico, que es el poder que tienen algunos individuos y grupos para imponer sus teorías e ideas a través de las cuales el resto de los seres humanos interpretamos lo que nos ocurre a lo largo de nuestras vidas. Esas teorías e ideas se expresan en palabras, en textos escritos, en imágenes. Esos textos pueden ser leyes y normas por las que regimos nuestro comportamiento, pero también son la literatura, la fantasía, la ficción y todas las historias que nos contamos y que nos vamos transmitiendo, generación tras generación, a través de los siglos.

El poder simbólico tiene al menos dos niveles. Por un lado están los discursos serios: los textos religiosos, legales, filosóficos, científicos, que tienen una función normativa. Este tipo de discursos nos dicen quienes somos, hacia dónde vamos, cómo tenemos que ordenar nuestra vida social, los límites en la manipulación del mundo, etcétera. Por otro lado, están los discursos ficticios: los textos literarios, el cine, las series de televisión, los videojuegos, que sirven para entretenernos, divertirnos y evadirnos de la realidad. Aprendemos que la ficción es una fantasía sobre el mundo cuyo poder deviene, no del principio de verdad, sino del principio de placer que nos produce consumirla. Nos encanta que nos cuenten historias, necesitamos relatar nuestra vida a los demás, disfrutamos de fantasear sobre cómo podría ser el mundo en otras circunstancias, cómo seríamos con otros cuerpos o qué le pasaría a la tierra si no existiésemos.

1.1 EL PODER SIMBÓLICO

Estos son dos niveles distintos del poder simbólico que actúan de forma simultánea. Y lo que es más importante: los límites entre ambos son completamente borrosos en las sociedades actuales. Por ejemplo, ¿de dónde procede nuestra educación moral, de los textos religiosos o filosóficos? ¿De las tradiciones orales transmitidas de generación en generación? ¿De las películas del cine de Hollywood? ¿De las modernas productoras de ficción? La respuesta es que de un poco de todo. Lo que está claro es que durante el siglo XX se ha producido una enorme revolución que denominamos ‘de la información’ y que va mucho más allá de la simple acumulación de datos en grandes ordenadores.

La revolución de la información implica una gran producción y circulación de textos audiovisuales que tienen una serie de efectos, como difuminar las fronteras entre la realidad y la ficción. Hoy se habla mucho de post-verdad, de universos extendidos, de ¡post-humanismo! Y todo esto no lo hace la gente común, lo hacen grandes empresas que distribuyen productos audiovisuales que llegan a todos los rincones del mundo. Cuando hablamos de cultura pop o cultura mediática

debemos tener presente que no hablamos de cultura popular al modo tradicional. “El pueblo”, tal como existió hasta el siglo XIX, ya no existe. Ahora la cultura popular o mediática está producida por las industrias culturales, que tienen el mismo objetivo que cualquier otra industria: ganar dinero.

Las industrias culturales producen material simbólico que es la base de los demás poderes, ya que nos enseñan a ordenar el mundo de una determinada forma: quién tiene derecho a mandar y quién debe obedecer, qué actos son admirables o despreciables, quién debe cuidar a quien, quiénes tienen derecho a acumular riqueza o quiénes se deben conformar con estar excluidos de ella. Nos enseñan a pensar los discursos serios o verdaderos que se transmiten sobre todo a través de las estructuras educativas formales, como escuelas y universidades, pero también los discursos ficticios como los que vemos en la televisión o en el cine. El poder simbólico también determina lo que está bien y lo que está mal, pero sobre todo es una guía sentimental y emocional. Orienta mis sentimientos cuando veo a alguien sufrir, cuando alguien me ofrece un halago o una crítica, cuando mi amante me abandona o me obsequia, cuando mi jefa muestra autoridad o condescendencia sobre mí, o cuando alguien no acepta mi autonomía o mi desamor.

El poder simbólico se camufla como una realidad natural que nos dice, por ejemplo, que los hombres tienen más poder que las mujeres y que así debe de ser. En los discursos serios, sobre todo en el legal, la desigualdad se ha ido corrigiendo (aunque no en todos los países) y ya nos dicen que somos todos iguales ante la ley. En los discursos ficticios, también se ha matizado: la representación del poder masculino sobre las mujeres se ha moderado en ciertos aspectos. Tenemos heroínas, mujeres fuertes, protagonistas interesantes y nuevos estereotipos de hombres y mujeres que se ajustan mejor a la realidad social. Sin embargo, no hay que ser grandes analistas para darnos cuenta de que los modelos convencionales de género siguen siendo los dominantes. Da la sensación de que a la mayor parte del público le gusta ver a los hombres en acción y triunfantes en su heroísmo, o al menos eso dicen los datos que arroja el cómputo de las películas más taquilleras en el cine comercial.

La hipótesis de este libro es que la dominación masculina se mantiene casi intacta (lo podemos comprobar en lo lento que cambian las cifras sobre desigualdad social), solo que ese poder se encuentra hoy más oculto, más camuflado, menos visible. En esa ocultación, los medios de comunicación tradicionales y las nuevas tecnologías de la información están contribuyendo a crear un trampantojo: parece que las mujeres ya no tenemos por qué luchar, ya que hemos conseguido la igualdad y que las feministas somos unas caprichosas resentidas que solo queremos llamar la atención. Es más, para el antifeminismo, las mujeres actúan de forma ventajista porque se aprovechan del sistema judicial y el bienestar social a su favor.

El poder patriarcal sigue existiendo sobre las bases ideológicas más convencionales, bajo el argumento de que hombres y mujeres tenemos cualidades físicas y mentales diferentes. Se trata del mismo grupo de ideas que se han venido utilizando desde la Ilustración para neutralizar las aspiraciones de igualdad. Ahora en España se ha puesto de moda llamar a las feministas *feminazis*, un vocablo ofensivo donde los haya y que muestra el resentimiento de algunos hombres con las mujeres que ya no quieren seguir desarrollando roles tradicionales.

Hace algunos años fui al colegio de mi hijo, a petición de una profesora, a hablar de la historia de las mujeres dentro de un programa de actividades de participación de los padres y las madres en las aulas. Mi hijo era pequeño y, pasados unos días al volver a casa, me preguntó: “Mamá, ¿tú eres feminista?”. Yo le dije que sí. Él, con rabia, me dijo: “No me gustan las feministas”. “¿Por qué?”, le pregunté. “Porque todas son violentas”, me contestó. Enseguida entendí que el niño debió pasar unos días no muy buenos, barruntando que su madre pertenecía a ese grupo de señoras incontroladas y violentas, pero había algo que no le encajaba y que, afortunadamente, le empujó a hablar conmigo. Es curioso este estereotipo de feminista-violenta que algunos de nuestros ínclitos escritores patrios sentados en nuestras Academias llaman *feminazis*. La explicación que di a mi hijo, a lo mejor le vale también a ellos porque es muy simple fue la siguiente: “Las feministas no han matado nunca a nadie”. Debe de ser una de las pocas revoluciones sociales que no ha dejado un reguero de muertos. Y sin embargo, ahí están las palabras feas, para enmarañar las ideas en el cerebro de la gente.

Es un tópico decir que la revolución más importante del siglo XX ha sido la de las mujeres. ¿Qué quiere decir eso exactamente? En la cultura popular se refiere a que ya hemos conseguido tener representación política: podemos elegir representantes y ser nosotras mismas elegidas como tales, podemos trabajar a cambio de un salario y estar protegidas por una legislación laboral, también tenemos acceso a la formación académica o podemos hacer uso de anticonceptivos y controlar la natalidad. Todo esto es verdad. ¿Pero se merece esto el sustantivo de ‘revolución’? A mí me parece un cuento bonito, porque la revolución de las mujeres está todavía por hacer, dadas las cifras de desigualdad que sigue arrojando la afilada herramienta de la estadística de las sociedades contemporáneas. Los informes de la ONU nos dan algunos ejemplos: una de cada tres mujeres en el mundo ha sufrido violencia física y/o sexual por parte de su compañero; solo el 23,3 % de los escaños de los parlamentos están ocupados por mujeres. Tienen empleo remunerado en el mundo el 47% de las mujeres frente al 72% de los hombres y, además, reciben un salario inferior. En las situaciones de guerras y conflictos armados, el 70% de las mujeres sufren violencia sexual y así un largo etcétera. Miremos donde miremos, las desigualdades no son cosa de los países más pobres o menos

desarrollados académicamente. Las desigualdades perviven en el mundo y lo más terrible de todo es que son un caldo de cultivo para la violencia.

Los cambios hacia sociedades más igualitarias ocurridos desde la Revolución Francesa no han sido uniformes en el mundo. No lo han sido en el ámbito territorial, ni en el de la clase social, ni en el de la raza o de la opción sexual. La dura realidad es que a nivel global las mujeres soportan unos índices más altos de pobreza, acumulan menos riqueza, siguen llevando sobre sí las tareas asociadas a la crianza y los cuidados y cada vez hay más mujeres solas sacando adelante a sus hijos. La explotación sexual de las mujeres se ha convertido en uno de los negocios en negro más rentables del mundo. Ellas tienen menor representación política y han de superar una gran cantidad de obstáculos para acceder a los puestos de mayor responsabilidad en las estructuras laborales. ¿Revolución, pues? Yo diría que no. Los grandes lemas que se repiten de forma irreflexiva nos dan tranquilidad, pero entrar a ver los matices de la realidad, nos puede dejar insomnes. En cualquier caso, vale la pena seguir despiertas.

1.2 EL PODER DEL SEXO, EL PODER DE GÉNERO

Pensar en las diferencias de sexo y género nos genera algún grado de conflicto psicológico, a no ser que apliquemos el mantra aprendido en los medios de comunicación: *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus* (John Gray, 1992). El título de este libro nos ayuda a situarnos cómodamente en un universo ordenado y feliz en el que hombres y mujeres son opuestos y complementarios. Ese texto nos promete que, si entendemos y aceptamos lo que somos, el conflicto que pueda existir entre ambos sexos desaparecerá por arte de magia. La tesis de ese libro es que, si no somos felices en este punto, es porque no hemos entendido el problema, ni sabemos aceptar nuestras esencias femeninas y masculinas. Es una solución sencilla y clara a un problema en verdad mucho más complicado, de ahí su éxito comercial y las sonrisas tranquilizadoras que provoca. Y es que el hecho de ser hombres o mujeres causa en las personas conflictos de distinta índole que podemos ver planteados y resueltos de las formas más peregrinas en las ficciones: películas, series, canciones, videojuegos etcétera que se crean en nuestra cultura.

El sexo y las atribuciones de género que se adscriben a él se nos dan como evidencias incuestionables: los hombres son fuertes y racionales y las mujeres, más débiles, delicadas y emocionales. Sin embargo, si existiera una diferencia natural tan clara, ¿por qué gastamos tanta energía en crear esas diferencias? ¿Por qué hacemos, por ejemplo, agujeros en las orejas de las niñas cuando nacen? ¿Por qué tenemos que vestir a los bebés de manera diferente? ¿Por qué optamos por

colores específicos en la ropa y en los objetos de unos y de otros? ¿Por qué mantenemos distintos cortes de pelo? ¿Por qué enseñamos a las niñas a sentarse con las piernas juntas o a hablar en un tono de voz moderado? Se trata de un proceso integral y recurrente en la educación del que podemos poner mil ejemplos y que, en realidad, muestra cuánto trabajamos para que esa diferencia “no-natural” se mantenga y se reinvente generación tras generación.

Sabemos que las diferencias de género son inventadas, precisamente, porque hay que recalcarlas, mientras que, por ejemplo, no tenemos que educar a niños y niñas para que caminen de pie, ya que lo hacen naturalmente. Que existan tantas normas para modelar a las mujeres y a los hombres desde su nacimiento es la prueba más palpable de lo poco naturales que son las diferencias. La educación sirve para controlar lo que serían nuestros impulsos naturales, pero, a base de vivir siempre insertos en sistemas culturales, ya no sabemos cómo son. Las diferencias las aportan los sistemas culturales de una manera tan insistente y recurrente que ya es imposible saber qué es “lo natural”.

Doy clase cada año a un par de grupos muy nutridos de estudiantes sobre la construcción y la gestión de la diferencia sexual en los medios de comunicación. Cuando comienzo las clases, lo primero que se pone en juego es la percepción que ellos y ellas tienen de sí mismos. Cuando hablamos de las relaciones de poder entre los sexos, la mayoría se resiste a identificarse como dominadas o dominadores, agredidas y agresores en el sistema patriarcal. Son hijos e hijas de finales del siglo XX, el de la revolución de las mujeres. Han oído hablar de la igualdad y la dan por supuesta. Viven en un mundo en el que “yo hago lo que hago, porque quiero” es una máxima incuestionable. Suelo comenzar mis clases con una pregunta incómoda y un poco enrevesada: “¿Por qué crees que quieres lo que quieres?” La respuesta suele ser bastante estándar: “Porque eso es lo que me gusta”. “Me visto como quiero”. “Llevo el pelo corto porque quiero”. Y así se cierra el círculo de la libertad que hemos aprendido en las sociedades de consumo: si deseo algo, tengo derecho a tenerlo, si no lo consigo, es porque no me he esforzado lo suficiente. Si lo sigo intentando, lo conseguiré.

Hoy pensamos que las personas no están limitadas en sus posibilidades de acción y relativizamos la importancia de la situación social o personal en la que vivimos. Por eso mucha gente joven no atribuye lo que le pasa a ningún elemento estructural. Yo ataco con la estadística: la mayoría de la gente que nace en este planeta, vive y muere en la misma clase social, por mucho que el cine de Hollywood insista en hablarnos de héroes. El discurso del esfuerzo individual, el éxito personal y la excelencia es un círculo dantesco, porque culpabiliza a los jóvenes que no se convierten en perfectos consumidores y, al mismo tiempo, no permite ver la dimensión colectiva y estructural de los problemas sociales. Tampoco deja ver las dominaciones que se producen por el hecho de haber nacido hombre o mujer,

estar marcado racialmente, tener deseos sexuales que no cumplen la norma de la heterosexualidad o tener que vivir con algún tipo de discapacidad.

Cuando el tema que hay que analizar es el estado no-revolucionario de las mujeres en el mundo, el problema es el mismo: ¿Cómo hablar de marginación a estudiantes universitarias que son mayoría en las aulas, que obtienen mejores calificaciones, y que están dispuestas a darlo todo por su futuro profesional? Su respuesta es la negación, claro: “Somos iguales que ellos”. Yo les planteo de nuevo una situación ficticia, y hablamos de experiencias concretas, por ejemplo, el sentirnos incómodos en algún sitio sin saber muy bien por qué (las mujeres sabemos bastante de esto).

Para relajar el ambiente, cuento una anécdota personal: cuando era niña, los domingos a las cinco y media de la tarde, junto con mi hermano cumplía con el ritual de entrar al bar y avisar a mi abuelo para que saliera a dar un paseo o al cine con mi abuela, porque ella no se atrevía a traspasar el umbral de la masculinizada taberna. No entraba ella, ni ninguna de las mujeres de su entorno, a no ser por causa de fuerza mayor, por ejemplo, que sus maridos hubieran bebido hasta la inconsciencia o que les hubiera dado un ataque al corazón. “¿Tenéis alguna experiencia similar?”, pregunto a mis estudiantes. “No”, contestan sonriendo, “ahora todos vamos a todas partes”. Claro ¡les parece que ha pasado una eternidad desde que era niña! Yo continúo planteando situaciones hipotéticas y les pregunto a las chicas: “Vas sola por una calle oscura a las cinco de la mañana y te cruzas con un grupo de chicos: ¿Qué sientes?” Enseguida todas contestan: “miedo”, porque han aprendido desde la familia, los medios de comunicación o la literatura, que una mujer no debe andar sola a esas horas de la noche. Seguidamente, les planteo la situación inversa: “Va un chico caminando de madrugada y se encuentra con un grupo de chicas, ¿qué siente?” La respuesta suele ser una sonrisa un poco irónica y condescendiente: ¿cómo van a sentir ellos miedo de las mujeres? Los más convencidos de que la igualdad es un hecho, no se dejan amedrentar con un argumento tan simple, y enseguida me rebaten: “Yo soy un hombre, y si me encuentro con cinco tíos en un callejón oscuro, también tengo miedo”. Claro, muy inteligente, contesto. Pero ¿a qué tienes miedo? La respuesta es evidente: “A que me roben, a que me ataquen con violencia”. Yo sigo insistiendo: “¿Y vosotras a qué tenéis miedo?”, continúo con mi juego socrático. La respuesta es invariable: “A sufrir un ataque sexual”. ¡Ya está! Aquí tenemos una evidencia de desigualdad: las mujeres tenemos que limitar nuestro derecho a deambular por el mundo, porque podemos ser atacadas, no solo con violencia, sino con una forma de violencia específica, yo diría que ritual, que nos marca como objetos de posesión y uso. Es este solo un ejemplo de dos experiencias distintas entre hombres y mujeres, que deja ver la realidad de una jerarquía en el espacio social.

El debate que planteo en estos casos es muy sencillo. Se reduce a unas frases y a un par de ideas. Sin embargo, su análisis es altamente productivo. Primero, nos alerta sobre una resistencia: la mayoría de estudiantes se niegan a reconocerse en los roles de maltratadores y maltratadas, de agresores o agredidas, porque en su realidad, afortunadamente, quiero pensar que casi nunca lo son. Han sido educados en la democracia. Se les ha dicho que todos los seres humanos tenemos el mismo valor y que, si son competitivos, inteligentes y trabajadores, habrá una especie de justicia del dios capitalista que les premiará con el maná del bienestar. Pocas veces les habrán planteado, por ejemplo, que han pasado apenas doscientos cincuenta años del nacimiento de la idea de que “todos somos iguales ante la ley”, que nuestra cultura se ha desarrollado históricamente sobre una profunda base de desigualdad entre los seres humanos que justifica el dominio de unos sobre otros, o que las grandes culturas que admiramos, las que han dejado los espectaculares monumentos, han sido muchas veces las más jerárquicas y explotadoras. En limitadas ocasiones habrán debatido sobre temas controvertidos del tipo: ¿Puede involucionar nuestra cultura? ¿Cuántos recursos *limpios* quedan en el planeta? ¿Hemos llegado a una igualdad real? ¿Qué queda del racismo? ¿Qué queda del clasismo?

El hecho es que, durante nuestra infancia, se han dedicado a contarnos cuentos bonitos sobre nosotros mismos. Eso se llama mistificación. Nos han dicho que hemos *evolucionado* de forma natural desde estadios primitivos y que hemos dominado otros pueblos a base de inteligencia, ciencia y tecnología. Nadie suele hablarnos en el colegio de la destrucción, de la violencia y la dominación a la que han sido sometidas millones de personas a lo largo de la historia. Walter Benjamin decía que no hay ningún documento de la cultura, que al mismo tiempo no sea un documento de la barbarie. Muchos de los grandes logros artísticos, pongamos por caso las grandes obras civiles del Imperio Romano, son el fruto de una dominación militar, económica, simbólica y cultural de todos los pueblos sometidos a sangre y fuego en todo el entorno mediterráneo. ¿Qué lugar hemos ocupado las mujeres en este devenir histórico? Pues un lugar ciertamente contradictorio: excluidas de las guerras y de la vida pública, hemos sido excluidas del poder, pero no sé si Benjamin estaría de acuerdo en considerarnos excluidas del ejercicio de la barbarie.

1.3 MISTIFICACIÓN E INVISIBILIDAD DEL PODER

La verdad es que no somos muy sinceros con nuestros niños y niñas cuando los educamos. Les contamos historias bonitas de cómo los seres humanos hemos

salido triunfantes de los avatares de la Historia, sobre todo si esos seres humanos son hombres, blancos y occidentales. No queremos ser truculentos y no contamos la tragedia de la explotación, la exclusión, el racismo, el sexismo o la esclavitud. No hablamos de las guerras desde el horror que producen, sino del resultado de las victorias. Mistificación, esa es de nuevo la palabra. No nos reconocemos en procesos de dominación porque se ha construido una mística de la igualdad social en la que todo se confunde: nuestros hábitos cotidianos, nuestras formas de sentir, de actuar, nuestras ideas sobre el mundo, nuestras narrativas sobre el pasado, las ficciones de lo que vamos a ser en el futuro.

La mistificación exige que el dominado asuma los puntos de vista del dominador, pero también que el dominador desarrolle una narrativa épica sobre sí mismo que le legitime en la dominación. Es una estructura muy sencilla y, por eso, muy efectiva. Tomemos el ejemplo del principio: las niñas tienen miedo a salir solas porque todo progenitor responsable les ha dicho que tienen que temer la amenaza masculina. Evidentemente, cuando damos este tipo de consejos a nuestras hijas, no reflexionamos sobre toda la carga social e ideológica que implican, porque los enunciados que hacemos son siempre generales e impersonales. Les estamos diciendo que todo varón puede comportarse como un depredador sexual y, lo que es peor, que recae sobre ella parte de la responsabilidad de tener esa amenaza controlada, guardándose a sí mismas de ir a lugares peligrosos, cuando la peligrosidad no está en los lugares, sino en las personas. Las mujeres son siempre las víctimas incitadoras, mientras que a los hombres se les educa en una fantástica duplicidad, fuente de muchas de las narraciones históricas y también contemporáneas que se nos cuentan en el cine o la televisión: pueden ser los agresores, pero también los héroes salvadores. Por eso las mujeres debemos aprender y asumir también como normal esta duplicidad: aprender a temer la violencia latente en la masculinidad, pero también admirar su fuerza, su inteligencia y su control sobre el mundo. Héroes y villanos son la doble cara de la mistificación de la masculinidad dominante. Están por todas partes: en las series de televisión, en las películas de éxito, en las canciones pop, en las óperas, en las novelas o en los videojuegos.

Este libro va sobre el poder. Más concretamente, sobre la reproducción del poder patriarcal. Volvamos a la pregunta inicial de este texto: ¿Cómo es posible que se mantenga más allá de cualquier sistema económico o político? ¿Cómo puede ser que haya permanecido más o menos invariable a través del tiempo y las culturas? ¿Cómo ha conseguido incluso en los últimos treinta años convencernos a la mayoría de la gente de que las diferencias de poder entre hombres y mujeres ya no existen? Me temo que no puedo contestar a esto aunque, a estas alturas de la Teoría Feminista existen excelentes trabajos que abordan esta cuestión, como los realizados por Celia Amorós, Amelia Valcárcel, Seyla Benhabib, bell hooks,

Chandra Talpade Mohanty, Nancy Fraser, Teresa de Lauretis, Judith Butler, Ana de Miguel, Alicia Puleo, Luisa Posada y un largo etcétera. Yo no puedo aportar un análisis general, porque no soy ni filósofa ni antropóloga, pero sí pensar en lo que se juega en la arena mediática, que aporta la mayor parte de materiales simbólicos a la vida contemporánea.

En todo caso, comparto con muchas pensadoras la idea de que la gran fortaleza del poder patriarcal está en que las mujeres estamos vinculadas afectivamente de múltiples maneras a los hombres. Son nuestros padres, nuestros hijos, nuestros amantes, nuestros esposos, nuestros hermanos o nuestros amigos. Se nos hace duro individualizar al opresor en los rostros de los que amamos. Los hemos parido y criado. Hemos compartido juegos de infancia y amores adolescentes o adultos. Les hemos enseñado y nos enseñan. Les hemos amado y nos aman. Las mujeres hemos aprendido que ellos son más fuertes físicamente que nosotras, que manejan la violencia y la agresividad a un nivel distinto al nuestro y que hay que temer esa violencia. Nos han formado para reconocer y aceptar ese poder, aunque a veces hagamos como que no existe o no forma parte de nuestras vidas, porque ese poder maligno no es patrimonio de nuestros hombres concretos, sino de los otros hombres en general.

A nosotras también nos dicen que tenemos poder, un poder que no está en la fuerza física, ni tampoco en la inteligencia, ya que emana del hecho de que se nos reconozca como amantes cuidadoras. Se nos otorga el poder de seducir a los hombres, al menos el tiempo breve en el que dura la juventud y la belleza. Este tipo de ideas han sido la base de muchas narrativas literarias y cinematográficas: hombres estupendos, convertidos en patéticos peles femeninos. ¡Qué miedo les debe producir! Estoy convencida de que esta fantasía de perdedores contada a través de infinidad de novelas y películas hace mucho daño a las mujeres en la vida real.

El poder es la capacidad de conseguir que nuestros deseos se cumplan, utilizando a los demás como instrumento de nuestros fines si es necesario. Muchos sociólogos y psicólogos se han esforzado en entender cómo funcionan las relaciones de poder desde distintos aspectos. Por ejemplo, algunos se han preguntado por qué los individuos nos sometemos a otros como parte del proceso natural de la vida, o por qué determinados grupos humanos acaban explotados por otros con relativa facilidad. La cara más visible y terrible de la sumisión en la historia ha sido la esclavitud humana, que ha estado institucionalizada hasta hace relativamente poco tiempo (en 1926 se firmó su prohibición legal a nivel mundial en la *Convención sobre la esclavitud*). Es el ejemplo histórico más evidente de un sistema brutal basado en el uso de la fuerza. Pero la fuerza física es solo una de las estrategias empleadas para controlar a las personas. Los movimientos históricos han demostrado que no es siquiera la más eficaz y rentable. Para que un sistema

de estratificación social se mantenga estable, la gente debe estar relativamente contenta con el lugar que ocupa y colaborar para que siga siendo así.

Un mecanismo para que los individuos acatemos vivir en una estructura jerarquizada, es hacernos pensar que formamos parte de un sistema de privilegios al que hemos accedido por derecho propio. Los hombres los tienen respecto a las mujeres, la raza blanca respecto a los no-blancos, las clases altas frente a los más pobres. Pero esto no basta. Tenemos que interiorizar y aceptar como natural ese lugar que nos ha correspondido en el mundo. Pierre Bourdieu lo simplificaba en una frase: “Los excluidos se autoexcluyen”. Los que están fuera de los privilegios acaban asumiendo que están en el lugar que les corresponde, que no tienen derecho a ellos y, sobre todo, que eso es lo justo. El mundo es como es y es imposible cambiarlo. Simone de Beauvoir decía también: “El opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los propios oprimidos.” Muchas veces, nos comportamos como agentes del poder.

Michel Foucault, uno de los filósofos que revolucionó las formas de entender el poder en el siglo XX, explicó además que las relaciones de poder están presentes en cualquier forma y estructura de comunicación e interacción humana y que la dominación por la fuerza física es solo la parte más visible de las relaciones de dominación existentes. En el siglo XXI el poder de los estados para someter a los individuos no está tanto en el uso de la fuerza física, como en el hecho de que estamos atravesados por el “biopoder”: un poder que encarnamos e interiorizamos en nuestro propio cuerpo. Foucault desarrolló también otra idea fundamental: “Saber es poder”. Los conocimientos reconocidos como apropiados por los grupos dominantes se convierten también en las tecnologías que gobiernan nuestras vidas. El poder es algo que ya no percibimos fácilmente porque está incorporado a la forma en que miramos, interpretamos y nos relacionamos con el mundo.

1.4 CUANDO LA CULTURA NO DEJA VER LA REALIDAD

Michael Foucault y la mayoría de los grandes filósofos y sociólogos reconocidos en el panorama internacional de finales del siglo XX han hablado relativamente poco del problema del reparto del poder entre los sexos. No parece ser un tema que les haya preocupado de forma particular. ¿Por qué? Es muy significativo que una situación tan permanente en la historia y tan transversal, como es la dominación masculina, no haya sido más que un tema colateral para pensadores como Zygmunt Bauman, Slavoj Žižek, Noam Chomsky, etcétera, todos ellos grandes intelectuales dedicados a analizar las desigualdades que se están desarrollando en el capitalismo tardío. Para ser justa, tengo que citar aquí tal vez la

única monografía que ha conseguido una enorme relevancia sobre el tema: *La dominación masculina*, de Pierre Bourdieu publicada en 1998, un trabajo citado constantemente por todo crítico que se precie para hablar de violencia simbólica. La pega que le podemos poner a este trabajo sobre la eficacia comunicativa del patriarcado, es lo poco que cita de forma explícita las reflexiones filosóficas de las pensadoras feministas que seguramente habría leído.

Para las filósofas, sin embargo, pensar en la condición femenina ha sido una constante. Desde que Mary Wollstonecraft publicara, en 1792, su *Vindicación de los derechos de la mujer*, muchas pensadoras se dieron cuenta de la condición de desigualdad que han sufrido las mujeres en cualquier momento histórico y contexto social. El siglo XX ha sido también el siglo de la filosofía feminista. El libro de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* de 1949, fue solo el primero de los muchos trabajos teóricos elaborados por grandes filósofas como Kate Millet, Nancy Fraser, Seyla Benhabib, Judith Butler, Catharine MacKinnon, Celia Amorós, Amelia Valcárcel y un largo etcétera. Todas ellas se han lanzado a desentrañar qué es el patriarcado, analizando cómo funciona, como condición necesaria para poder luego subvertirlo. Pero claro, en su mayoría no han entrado en el *mainsstream* de la Academia y sus textos difícilmente son leídos y debatidos fuera de los círculos feministas.

Hay que reconocerles, y lo digo con cierta ironía, a los filósofos y pensadores contemporáneos que, viniendo de una cultura filosófica históricamente misógina, por lo menos, no se hayan dedicado a reforzar una vez más la diferencia sexual como un elemento justificativo de la dominación. Casi ninguno se ocupa de forma específica de la dominación masculina que favorece el patriarcado en el mundo pero, al menos, no insultan a las mujeres como hacían hasta hace poco más de un siglo grandes filósofos como Hegel, Comte, Proudhon, Nietzsche o Schopenhauer. El insulto y la devaluación simbólica se queda ahora circunscrita y volando libre en el mundo de la creación. Como explicaré más adelante, esto se debe a que los poderes están hoy más ocultos que nunca.

En la literatura y en el cine, los casos de planteamientos misóginos y antifeministas son legión. Pondré solo el ejemplo del escritor francés Michel Houellebecq (no entro a valorar cuestiones literarias), que, en novelas como *Plataforma* (2001) o *Sumisión* (2015), narra unas relaciones descarnadas de dominación masculina que algunos críticos han rebajado diciendo que “no es políticamente correcta con las mujeres”. No me interesa tanto destacar aquí el argumento, como cuestionar por qué les han gustado estas obras a tanta gente. La pregunta es: ¿por qué tiene tantísimo éxito? Me aventuro a una respuesta polémica: porque, efectivamente, la corrección para con las mujeres es solo un elemento superficial de la cultura, un discurso dominante en la vida pública. La realidad es que mucha gente está encantada de encontrar textos, sobre todo ficticios, que se atrevan a poner de



forma simbólica a las mujeres en lo que consideran que es “su lugar”: sometidas a los hombres. Me ocurre lo mismo con algunas obras de directores de cine como Lars von Trier, aceptado y adorado como *director de culto* y que lleva al límite la vena exhibicionista de la sexualidad femenina recreando en sus films una sexualidad que se explica por el consabido masoquismo freudiano. No tengo ninguna curiosidad por entender qué pueden tener estos señores en sus mentes, pero sí me gustaría poder llegar a explicar qué procesos sociales convierten sus obras en *obras de arte*, compradas y aceptadas por las gentes cultas como las mejores obras de nuestro momento histórico.

En este libro hablo de *soft power*, del poder de representarnos, del poder de crear palabras, imágenes, mitos, ritos y todo el material significativo de nuestra cultura, y lo hago desde la perplejidad. Esta fotografía que estamos viendo, la tomé en el campus de la Universidad Complutense en el año 2013, y allí sobrevivió bastante tiempo entre pintadas feministas, ecologistas y anarquistas. “Todas morís a los quince”, una cita de Diderot, firmada también por el autor del grafiti. Ahora, me arrepiento de no haber ido con un espray a borrarla nada más verla.

Para mí fue una presencia impactante por lo desapercibida que pasaba. Se lo comentaba a todo el mundo, pero nadie la había visto. ¿La escribió un estudiante de Historia, Filosofía o Filología, ya que estaba en la zona de esas facultades? ¿Algún profesor camuflado de grafitero? ¿Por qué alguien joven, universitario escribe una máxima que raya no solo el sexismo, sino la pederastia? ¿Es un misógino? Y sí, no puedo evitar ver a un hombre escribiendo. La afirmación no es muy científica, ya lo sé, pero mi cuerpo no piensa de otra manera (porque a veces, pensamos con el cuerpo). Esa frase: ¿la puso un estudiante *acosado* por sus compañeras feministas?, ¿agobiado por la presión de las mujeres? Imagino que no, que lo escribió un estudiante encantado de encontrar escrito un texto que simplemente negara la capacidad de las mujeres para ser adultas mientras que, de paso, reducía su capacidad sexual a la medida de la mirada del misógino. Una gran autoridad, como Diderot lo ha dicho. Una autoridad que nos iluminó con la *Enciclopedia* y la posibilidad de que los conocimientos circularan libremente por el mundo ilustrado. Uno de los padres de las sociedades democráticas. La cultura es eso que hace, entre muchas cosas, que no nos sintamos tan solos en nuestros desasosiegos. Alguien que firma como “Sadik” se siente a gusto dentro de una tradición en la que la crueldad física o simbólica contra las mujeres forma parte de la construcción de un refugio de la masculinidad que necesita un colchón misógino en el que recostarse para vivir feliz.

Retomo la pregunta: ¿Cómo es posible que las formas, los signos cambien y que no se alteren de forma definitiva las estructuras de poder? Algunos autores, como Antonio Gramsci, argumentaron que su eficacia está en que no las percibimos como tales. Lo más fantástico del poder patriarcal es que parece un invento de feministas alocadas que no tienen nada que hacer en su vida personal. Y es que la mayoría de la gente vivimos pensando que lo que nos ocurre es lo natural, lo que nos corresponde, y que seremos felices si encajamos en los mandatos que hemos aprendido, sin pelear, porque en la pelea acabaremos perdiendo. ¿Se mantiene la dominación por pereza o por miedo? Se mantiene, sobre todo, porque la consideramos natural.

Citaré un ejemplo. Cuando estudiamos la vida tan controlada que tenían las mujeres burguesas en el siglo XIX respecto a nosotras, lo hacemos explicándolas a través de la influencia que tenía en ellas el modelo del *ángel del hogar*: una mujer complementaria al hombre, con una alfabetización mínima, dedicada exclusivamente a los cuidados de los demás, sin ostentar demasiadas riquezas y privilegios y sin mostrar deseos propios en exceso. ¿Cómo aguantaban las mujeres esta dependencia? A través de una doble vía: la ideológica (*soft power*), creyéndose el discurso que las instituciones tenían sobre ellas, lo que les decían las personas que amaban, pero también porque existían estructuras duras de poder (*hard power*) actuando al mismo tiempo. Por ejemplo, había leyes que les dificultaban el acceso

a los recursos económicos, no podían gestionar bienes propios, perdían la patria potestad sobre los hijos si abandonaban el hogar o se les impedía acceder a la formación y, por lo tanto, al trabajo remunerado y autónomo. Además, estaban las *otras*, las mujeres de clase baja, prostitutas, desposeídas, solas, madres fuera del matrimonio, mujeres que tenían un destino aciago y poco deseable y que debían generar un temor difuso en las mujeres de bien. Portarse bien y *no acabar como ellas* ha sido una importante estrategia patriarcal que ha dividido a las mujeres en buenas y malas, o mujeres para el uso de la tribu o las intercambiables, de las que hablaba Claude Lévi-Strauss. El poder ideológico funciona porque los seres humanos creemos en él y, además, sabemos que será más fácil vivir si nos situamos en el punto de vista que *todo el mundo tiene* sobre las cosas. Hay una compensación en el hecho de *portarnos bien* y no enfrentarnos ni contradecir las normas de la tribu.

Eppur si muove... no hay duda de que la situación de las mujeres ha cambiado desde el siglo XIX hasta ahora. ¿Será que no es tan grande entonces el poder del sistema patriarcal? Gramsci aportó también una respuesta: los dominados se resisten a la dominación no usando necesariamente la fuerza, sino actuando de forma estratégica, re-significando signos y objetos y dando un sentido propio a los símbolos de la cultura dominante. Por ejemplo, en algunas ciudades francesas de principios del siglo XX, las obreras que trabajaban en las fábricas hicieron huelgas para mejorar sus derechos laborales. Entre las reivindicaciones que plantearon estuvo el derecho a tener un sitio donde dejar su sombrero. Esta petición fue ridiculizada por la prensa del momento por frívola y propia de mujeres. Sin embargo, tenía todo el sentido. Para ellas, llevar sombrero se convirtió en un signo de participación social: los obreros lo llevaban y ellas se empeñaron en llevarlo también, conscientes de que los signos hacen las realidades visibles en el grupo social.

Aunque en la educación formal no nos lo hayan contado, las mujeres se han resistido en todas las épocas al poder patriarcal, hasta el punto de que algunas teóricas, cuando revisan la historia se preguntan si no habrá existido una cultura femenina singular en distintas partes del mundo. La historia del feminismo es precisamente la historia de esos poderes blandos y duros sobre las mujeres, pero sobre todo, es también la historia de las estrategias de resistencia que ellas han tenido en cada momento histórico para contrarrestar ese poder. En este libro estudiaremos las nuevas representaciones de mujeres en la cultura popular, que leemos como signos de que las cosas están cambiando. También interpretaremos de forma positiva las estrategias de las creadoras audiovisuales que van consiguiendo introducirse en el corazón del monstruo de las industrias culturales.

1.5 SOFT POWER, FRACTALES Y DOMINACIÓN CULTURAL

Pero ¿cómo se mantiene el patriarcado en la actualidad, en un momento en que esas *estructuras duras* parecen haber desaparecido? Lo que ha ocurrido es que el *poder blando* (*soft power*) que tiene la cultura se ha incrementado. Los discursos legitimadores no los generan ya tanto la Iglesia o la Ciencia, como los medios de comunicación que siguen reforzando las diferencias entre hombres y mujeres: ellos de Marte ellas de Venus, con gran éxito. Lo repiten muchos estudios universitarios, la Medicina, la Sociología. No existen las leyes discriminatorias, pero estamos viviendo un proceso histórico en que los mayores poderes del mundo están más ocultos que nunca. Al poder ya no le interesa la representación, la visibilidad pública. Hoy no sabemos muy bien quiénes acumulan más dinero en el mundo y en qué paraísos fiscales lo esconden. La moda es que las empresas y corporaciones deben tener una estructura horizontal, los poderes deben estar repartidos y difusos, los gustos y el consumo son democráticos. El poder patriarcal está inmerso dentro de este proceso de invisibilidad del poder general, y por eso da la sensación de que ya no existe. Sin embargo, como decía al principio de este texto, la realidad arroja datos que no son nada buenos para las mujeres en el mundo.

El poder patriarcal se comporta con un fractal: una estructura que se repite en todos los aspectos de la vida social y personal de los seres humanos, en lo macro y en lo micro; en la vida pública y en la privada; en la comunicación interpersonal y en la masiva. El fractal es un concepto propuesto por el matemático Benoît Mandelbrot en 1975 y se refiere a un objeto geométrico de estructura aparentemente complicada, cuya forma se repite a diferentes escalas de observación. Sus características fundamentales son la capacidad de repetición y la autosimilitud. Son formas fractales naturales, las nubes, las ramas de los árboles o los copos de nieve, que, si los observamos al microscopio, veremos que mantienen la misma estructura que si los vemos a simple vista. La fractalidad del poder explica también la capacidad del patriarcado para adaptarse, transformarse y perpetuarse mientras pasa desapercibido.

Los medios no son el espejo del mundo, pero simulan serlo. Ha pasado de moda ver en ellos a la gente rica exhibiéndose públicamente. Está pasando más bien que vemos historias de gente común y corriente en una especie de democracia semiótica formidable capaz de impregnarlo todo. En las historias mediáticas, una prostituta se puede convertir en una señora bien, un moribundo, en fabricante de drogas, una madre pobre en una justiciera ecológica. Cualquier cosa puede pasar y le pasa a la gente más desfavorecida o marginada. Mientras, los poderes reales están ahí y las discriminaciones por sexo, raza, opción sexual, etcétera, continúan. Las ficciones no consiguen hacernos olvidar que vivimos todavía en sociedades profundamente patriarcales en las que se ha ido dando a las mujeres

algunos espacios para el trabajo remunerado, para la educación, para la autonomía personal. Pero estamos muy lejos de la consecución de la igualdad real, la igualdad al famoso cincuenta por ciento de todo y en todas partes. Lejos de la eliminación de la violencia o la explotación sexual. Lo que vemos en los medios de comunicación refuerza el poder patriarcal colocando a las mujeres de forma simbólica en el lugar “que les corresponde”, es decir, sometidas a los hombres o detrás de ellos. La cultura popular sabe también proporcionar imágenes positivas de empoderamiento femenino con las que sentirnos identificadas.

Me propongo hablar del poder simbólico, del poder del lenguaje, de los distintos lenguajes, del poder de representar, el poder de nombrar y por lo tanto de establecer categorías sobre lo que se puede pensar y lo que no. Trataremos de *soft power* como instrumento de formación ideológica, de los medios de comunicación tradicionales, pero también de las redes sociales, de la cultura entendida como producción industrial, de la publicidad, del consumo y de cómo se construye en todas ellas la diferencia sexual.

Trabajo en comunicación, que es un campo muy amplio y, en concreto, me intereso por la cultura *mainstream* o cultura mediática, de modo que mis preguntas sobre el poder van a circunscribirse a los productos que consumimos como mero entretenimiento, pero que conforman nuestros pensamientos y emociones e influyen en nuestras acciones. La cultura pop es de usar y tirar, pero su poder es trascendental. Cada éxito popular lleva implícita una construcción de la diferencia sexual específica que, por lo que sea, le interesa ver a mucha gente. Ese gusto que produce la identificación con determinados personajes, situaciones, estereotipos y roles, es mi material de trabajo. Cada historia contada a través de los medios entra a formar parte de ese “sentido común” que refuerza o cuestiona la desigualdad imaginaria que sitúa los valores atribuidos a la masculinidad por encima de la feminidad. Detrás de todos mis análisis hay siempre algún caso de “justicia simbólica”, un ejercicio militante de resignificar la cultura popular, porque no conseguiremos la equidad social, como decía Nancy Fraser solo redistribuyendo la riqueza material en el mundo, sino haciendo que la justicia simbólica sea también una realidad.

En este libro voy a centrarme sobre todo en dos formas muy comunes de representar ciertos rasgos de la feminidad ideal: las heroínas, tan de moda en nuestro cine actual, y las muñecas, un clásico de nuestra tradición cultural. Hay otras formas de ver e interpretar a las mujeres reales, otros estereotipos que están muy presentes en la cultura patriarcal, pero en esta ocasión heroínas y muñecas serán mi disculpa para hablar de la cultura como una construcción formal, ideológica y, sobre todo, impregnada de poder.